

—No lo soy,—replicó el médico;—sacrificaría de buen grado mi fortuna y mi vida al bien público, al Estado, pero no me dejaría cortar un cabello por la religion y la fe.

—Vuestros buenos deseos hácia la patria se reducen á proporcionar á todos medios para satisfacer sus necesidades materiales y sus pasiones.

—Quiero hablaros con el corazon en la mano,—dijo el médico, acercando su silla á la de Baruch miéntras su fisonomía tomaba cierto aspecto de seriedad.—Es preciso que todos pasen la crisis en que estais vos ahora. A vuestra edad, tambien soñaba yo con las pretendidas facultades superiores ó espirituales de la humanidad, y era un buen católico. Corría la época de las discusiones religiosas, y he visto morir á muchos víctimas de la intolerancia. Entónces ví á la multitud acechar con ojos ávidos y acompañar con gritos de alegría el sacrificio de muchas y muy nobles personas. Vuestro Moisés fué un gran político, pero mi favorito es el que ha comprendido mejor la vida, el sabio Salomon. Él ha dicho en el *Eclesiastes*: «Abandonémonos á la alegría; nada es preferible en la tierra á comer y beber bien y estar contentos.»

—Luego los animales son los que mejor cumplen su destino, y entre ellos las más perfectas criaturas son los moluscos, que representan sólo un estómago.

—Os concederé que el animal puede ser dichoso tambien; pero el hombre es superior á él por un privilegio, porque *sabe reir*.

—Es singular; conformais en esto con el Talmud, que dice: «La risa es privilegio del hombre.»